

FILMS de AMOR

BURBUJAS DE CHAMPÁN



Num.
246

Cms.
25

NORA GREGOR · HARRY BENNETT

Propaganda



MAY, 1932

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 - APARTADO 707 - BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NUMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 245

BURBUJAS DE CHAMPAN

(UNES DAS IST DIE HAUPTSTACHE 1931)
Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título, interpretada por

NORA GREGOR

Novelada por A. ALVAREZ ABELLA

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

Via Layetana, 53

Barcelona

REPARTO

Renée	NORA GREGOR
Werner	Harry Liedtke
El Príncipe	Robert Thoren
Pixi	Ursula Grabley

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

¡Carnaval!... Locura, bullicio, alegría, escabaleo de risas... Momo sonríe... Su cara enharinada y grotesca preside la fiesta desorbitada y alucinante, verdadera orgía de luz y colores... Ocho orquestas, distribuidas a lo largo de la amplia sala, lanzan en todas direcciones las notas vibrantes y agudas de los bailes modernos... Las mujeres más bellas de Berlín, ricamente ataviadas, luciendo caprichosos disfraces que realzan más su belleza, son la nota simpática y brillante de la fiesta, su mejor adorno... Por las mesas corre a torrentes el champagne. Por todas partes se ven parejas que, ausentes de lo que sucede a su alrededor, entregáanse a mutuas confesiones y galanteos.

En todos parece dominar el mismo sentimiento: olvidar por unas horas la monotonía del vivir cotidiano; ahogar en champagne y bullicio sus preocupaciones, entregándose plenamente en brazos de una inconsciencia dulce y embriagadora...

A medida que avanza la noche, un vértigo



;Carnavall... Locura... bufido...

de locura va apoderándose de todos. Pocas parejas siguen el ritmo de la música. El champagne surge sus efectos y cada cual manifiesta su alegría a su manera.

Una joven, casi una niña, distinguíase entre todos, por sus travesuras y excentricidades y por la expresión picaresca y graciosa que iluminaba su rostro infantil y burlón...

—¡Pixi, no hagas locuras!—reprendiale constantemente su acompañante, un joven de

exhuberantes carnes, metido en un disfraz de Napoleón.

Pero Pixi habíale perdido el respeto a pesar de su imponente disfraz. Subida sobre una mesa ensayaba, entre las bromas de los circundantes, extraños bailes acrobáticos.

—¡Me está usted pinchando en la barriga! —gimió con lastimero acento un señor de amplio y descomunal vientre a quien el cuerno que llevaba en la espalda un guerrero germano amenazaba perforar.

—¡Pues déjese su barriga en casa! —replicó éste inmutable.

—¡Y usted sus cuernos! —chilló sofocado el tonel humano.

Pixi esperaba algo, y lo esperaba con impaciencia por la ansiedad con que examinaba a todas las parejas que entraban en el salón.

Abriéndose paso trabajosamente entre la atigarrada multitud llegó una nueva pareja. El, joven, corpulento, de aspecto agradable; ella, esbelta, elegante, lujosamente vestida con un lindísimo traje de calle. Por unos momentos quedaron como deslumbrados ante la brillantez y fantástico aspecto del baile. Advertíase en seguida que no eran personas habituadas a esta clase de fiestas.

—¿Por qué compraste los billetes precisamente para este baile? —preguntó ella algo inquieta.

—No los compré. Me los mandaron por co-

rrero —contestó él—, y lo más gracioso es que no sé quién.

Pixi, que había advertido la llegada de la nueva pareja, rogó a su compañero que invitase a bailar a la mujer. En premio a este servicio le ofreció un beso. Así quedaría el marido libre y ella podría abordarle.

Renée opuso resistencia a abandonar a su marido, pero no tuvo más remedio que acceder.

Werner, hombre más moderno e indulgente, contemplaba satisfecho el baile, cuando unos brazos acariciadores rodearon su cuello. Algo asombrado miró y vió que aquellos brazos correspondían a una preciosa joven que le observaba maliciosamente.

No le pareció mala la aventura a Werner y decidió seguirla. En seguida intimó con su pareja, que no era otra que la inquieta Pixi.

—¿Me has mandado tú los billetes? —inquirió Werner.

—Sí, porque me he enamorado de ti, locamente —contestó Pixi, con una prometedora sonrisa.

Perseguiéndose como dos chiquillos fueron a refugiarse en un palco. Werner estaba entusiasmado, olvidando completamente a su esposa, que, molesta por las mudanzas de los bailarines, estaba sobre ascuas y sin saber que hacer.

Tan pronto terminó aquella pieza fué en

búsqueda de su marido al que encontró besando apasionadamente a Pixi.

Renée quedó desconcertada y visiblemente nerviosa.

—¡No quiero estropear tu flirt!—dijo, disponiéndose a marchar.

Pixi aprovechó este momento para escabullirse.

—Renée, por favor, que estamos en un baile de carnaval—suplicó Werner.

Pero Renée no comprendía qué relación pudiera tener un baile de carnaval con las libertades que su esposo se había tomado con la joven.

—A un baile de carnaval viene uno a divertirse—siguió Werner disculpándose.

—¿Y yo te estorbo, verdad?—replicó Renée—. Pues telefónica a Gustavo que venga a buscarme con el coche pequeño... Te dejaré en completa libertad.

Werner se levantó. No quería disentir. Podría agriarse la discusión y no quería disgustarla, pero tampoco ella tenía derecho a prohibirle un momento de expansión. Werner salió.

Renée acostumbrada a los mimos de su marido no comprendía esa actitud. Los celos y el desprecio la cegaban. ¡Claro, lo que él quería era irse a reunir con aquella muñeca! ¡Ah, pero ella se vengaría! ¿Qué él flirtaba? ¡Pues ella también! Pero, no se atrevía... Desde el

paleo veía como a sus pies todo era jolgorio, risas, chistes, carcajadas, escenas grotescas... Tenía impulsos de bajar y sumarse a los demás y hacer sus mismas locuras, pero no se decidía...

Por la escalera que conducía a los palcos subía un joven, bello y arrogante como un Dios. Detrás de él seguía otro individuo, recio, alto, mal educado. Por su porte parecía ser el criado. Respetuosamente observaba todos los movimientos del joven y se anticipaba a sus deseos.

Renée seguía tan ensimismada en sus pensamientos, que no oyó cuando el joven penetraba en el palco. Este quedó sorprendido al hallarlo ocupado y por una mujer bellísima. Saludó cortemente. Su criado, después de hacer una reverencia y pronunciar ¡A sus órdenes, Alteza!, se retiró discretamente.

—¿Cómo entra usted en este palco?—preguntó Renée al ver que el joven se sentaba tranquilamente frente a ella.

—Este palco es mío, señora... y lo pongo a su disposición—contestó sonriente el joven.

—¡No, no se atreva usted! Apenas nos conocemos y no me perdonaría el perder tan agradable coyuntura—suplicó galantemente al ver que Renée se levantaba—. ¿Me concedería el honor de esta vals, señora?

—¿Está usted solo en el baile?—preguntó ella, curiosa y algo intrigada.

—Solo vine y no encontraba compañera, pero ya se hizo el milagro.

Era un tipo interesante el joven. Los rasgos de su cara eran nobles y aristocráticos, sus ojos negros, profundos, tenían un algo misterioso que atraía. Vestía de oficial de marina.

Renée le observaba con creciente interés. No se le escapó al joven este examen.

—¿Es usted oficial?—preguntó Renée.

No, sólo el uniforme. Soy el Príncipe Otto Dermburg-Karlstadt—contestó con orgullo el joven, al tiempo que rodeando con su brazo el delicado talle de Renée, iniciaba los pasos de un vals.

Renée se iba abandonando poco a poco al encanto de la aventura. Además, vio como su esposo estrechaba entre sus brazos a Pixi. Ambos parecían vivir momentos felices, olvidados por completo de todo. Al pasar frente a ellos Renée observó como se dirigían al guardarropa. La certeza de que su marido le era infiel la enloquecía. Hízose el propósito de pagarle con la misma moneda. Los celos le hicieron olvidar todas las conveniencias. ¿El hacía locuras? ¡Pues ella también!

Y el Príncipe se insinuaba más y más...

—Quisiera irme—dijo.

—¿Quieres venir conmigo?—suplicó Otto, mirándola fijamente.

—¡Sí!

—¿Cuándo?...

—¿Cuándo tú quieras... y a donde quieras! ¡Haré lo que me digas!—murmuró vencida ya toda resistencia.

—Vamos...

El Príncipe entregó las contraseñas del guardarropa a su criado y ambos dirigieron a la salida.

Memo sonrisa, pícaro e irónico... ¡Carnaval! Era la alegría loca, el placer del momento, el vértigo que enloquecía, las burbujas del champagne que nublaban el entendimiento y la razón...

Compre usted hoy mismo

LA DAMA DE UNA NOCHE

por **FRANCESCA BERTINI**

UNA peseta ejemplar

Biblioteca Films. Apartado 707. Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan elaseórtulos para el certificado. **Envío gratis**

« * * »

¿Mañana?... El mañana ya impondría sus realidades. ¿Para qué pensar en el mañana si estos pensamientos podrían turbar la felicidad de hoy?

Bitrich habíase anticipado a su amo. Conocer del poder de seducción del Príncipe y acostumbrado a sus aventuras preparaba con todo lujo de detalles el escenario de sus "mañanas".

Avisó al mayordomo del hotel donde se hospedaban para que tuviera preparada una espléndida cena donde no faltaría el champán.

Cuando más ocupado se hallaba en estos quehaceres advirtió en la habitación contigua la presencia de un extraño individuo, al parecer en completo estado de embriaguez. Esta disculpó su presencia en la habitación por un error. Mientras Bitrich examinaba las llaves buscando la correspondiente a la habitación del intruso éste, rápido, colocó debajo de un



— ¿Verdad que soy una loca?

sillón un pequeño aparato reproductor de sonidos cuyos hilos pasaban, disimuladamente, a su habitación. Al volverse Bitrich apareció en su rostro la misma expresión de idiotéz.

El Príncipe y Renée llegaron a los pocos momentos. Renée venía en un estado de inconsciencia lamentable y en el rostro del Príncipe había una singular expresión de hastío y tristeza.

— Necesito seguir bebiendo, ¿entiendes? — fueron las primeras palabras de Renée, dejándose caer en un sofá.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó, fijándose por primera vez en Bitrich.

Es Bitrich, mi criado. El nos servirá—contestó el Príncipe.

Pues yo no quiero que esté aquí—rogó Renée, a quien la presencia de Bitrich desagradaba.

Su pobre cabeza era un volcán. Presentía que estaba procediendo de una manera incorrecta y desatinada y, sin embargo, no podía escapar a la influencia de Otto que la sugestionaba.

—¿Verdad que soy una loca?—preguntó al Príncipe, queriendo disculparse.

—La locura la hace a usted bellísima—respondió éste acercando su rostro al de la joven...

En la habitación contigua ocurría mientras tanto una escena singular. Cuatro individuos, entre ellos el que poco antes había penetrado en las habitaciones de Otto, escuchaban, arremados al micrófono la conversación que sostenían Renée y el Príncipe. Parecían estar satisfechos y alegres. El que parecía el jefe del grupo frotábase las manos de contento, murmurando entre dientes: "Al fin ha caído en mis manos... Esta vez no se escapará".

Mientras tanto, Werner estaba en el mejor de los mundos. Aquella criatura le embriagaba, era un torbellino, la mujer ideal para...

un baile de carnaval. Werner sentíase rejuvenecer. Aunque no había pasado de los fatídicos cuarenta, su vida aburguesada y tranquila atreó sus impulsos juveniles convirtiéndole en un grave padre de familia. Sin embargo, en sus años mozos no se había distinguido precisamente por su formalidad y método. ¡Pero estaba tan lejos todo aquello! El matrimonio absorbió todas sus potencias viniendo a cercenar las últimas rebeldías de su temperamento el nacimiento de Pedrito, el hijo único, preciosa criatura cuyas sonrisas y caprichos ejercían la dulce tiranía del hogar.

Todas estas consideraciones se borraron de la mente de Werner al entrar en el salón de baile y caer en los brazos acogedores de la pícucesca Pixi. Le trastornaba. Su mujer no tendría por qué reprocharle si una vez se entregaba a una inocente aventura. Además, ¿no está todo permitido en un baile de carnaval? Werner no estaba muy seguro de estas licencias, pero como eran tan amables y la moral es elástica y relativa, aquella noche fabricó una a su capricho.

Pixi le condujo a su casa, un pequeño y coquetón pisito donde tenía su estudio dedicado a la arquitectura. Werner se dejaba conducir y querer. No había tiempo para aburrirse con Pixi. Bailaron y bebieron hasta que sus respectivas cabezas empezaron a sentir los efectos de la ley de gravedad.

Pixi, abrazada a su cuello y mirándole a los ojos, repetía, felina e insinuante: ¡Cuánto deseaba este momento! ¡Me siento completamente feliz!...

Jugaron como dos niños a quienes tras larga disciplina dejan en libertad. A pesar de sus transportes amorosos, Werner observó en la joven cierto aire de ingenuidad y franqueza que desdecía con sus manifestaciones exteriores. No era una mala mujer Pixi, no; era solamente una muchacha alocada e inconsciente que sin prejuicios ni falsas vacilaciones entregábase a la alegría del momento. Ella había conocido a Werner con motivo de unas operaciones económicas que tuvo que hacer por mediación del Banco que éste dirigía. Fue un conocimiento pasajero y sin trascendencia, pero que dejó en ella el deseo de tratarle más íntimamente. En él, sin embargo, no dejó huella alguna. Preocupado por sus múltiples asuntos, no puso atención en aquella chiquilla que le miraba con intensa simpatía.

Valiéndose de un subterfugio, Pixi envió los billetes a Werner, sin esperanzas de que éste los utilizara. Su alegría fué grande al verle en el salón. Había triunfado. Aquella noche Werner le pertenecía.

—Eres un volcán, Director!—exclamó entusiasmada después de un largo beso.

—¡Y tú un demonio, pero un demonio muy simpático!—Pixi le llevó al estudio en-

señalándole las útiles de trabajo y sus preferencias artísticas.

—¡Me encantan los puentes!—dijo maliciosamente—, tratando al mismo tiempo de demostrar gráficamente la utilidad de los mismos, tomando a Werner como instrumento.

Pixi habíase olvidado también de su compañero de baile, Napoleón. No fué muy piadosa con él sabiendo el estado lamentable en que le abandonaba. Al ver que Pixi no volvía, éste habíase dirigido al guardarropa, en busca de su abrigo, pero como las contraseñas se habían extraviado, tuvo que pasear su indumentaria napoleónica por las calles más céntricas de Berlín. Con paso inseguro y haciendo innumerables ceses logró llegar a casa de Pixi. Llamó a la puerta. Pixi salió a abrirla.

—¿Eres tú?... ¿Qué te ocurre?...

—Me han robado la cartera, el abrigo... y me han dejado hecho un porquero.

—¡Qué horror!—exclamó burlona Pixi, riéndose de su aspecto lastimero.

—Lo siento, pero ahora no puedo recibirte.

—Con que me des dinero me basta..., ¿quién está contigo?...

—¡El Ángel de la Guarda!...

—Yo no creo ya ni en ángeles..., mira cómo me han dejado... ¡y decía que era un ángel!...

Con mucho trabajo logró Pixi despegar de

la puerta a su compañero, empeñado en demostrarle que en el mundo no había más que pillos. Al fin, convencido de que ella participaba de las mismas ideas, decidió marcharse.

—¿Quién era?—preguntó Werner.

—Un colega mío... gordo, pero inofensivo—contestó Pixi, arrojándose mimoso sobre Werner y despeinándole.

Pero Werner, en cuya cabeza iban desvaneciéndose los vapores del champán, no correspondía a sus expansiones amorosas.

¿Dónde estaría su mujer?... ¿Qué haría en este momento?... Incapaz de contenerse más tiempo corrió al teléfono. La contestación fue negativa. Renée no había regresado a casa... ¡Y eran las cinco y media de la mañana!... Algo grave tenía que haberle sucedido. Werner conocía bien a su mujer y si bien su carácter impetuoso le hacía perder la serenidad con demasiada frecuencia, era incapaz de una acción y menos de cometer ningún acto deshonroso.

Dispuesto a encontrarla decidió ir al baile, donde los empleados pudieran acaso indicarle algo. Pixi, que no carecía de un fondo de virtud, se ofreció a acompañarle.

En el pabellón donde habían reunido estaba el camarero recogiendo la mesa.

—¿Han perdido algo los señores?—preguntó solícito.



—¿Que le pasa?

Werner le dio las señas de Renée ayudándole a hacer memoria, pero el camarero sólo se acordaba de una pereja... ¡y qué parejita! ¡Como que se marcharon sin pagar! Y esto es que no lo olvidaba el mozo. Sin embargo, las señas de la mujer coincidían con las de Renée.

¡No había duda! ¡Era ella! ¡Y con un individuo que se marchaba sin pagar! Este detalle era desconsolador para Werner, porque

un individuo que no paga la consumación tenía que ser un sinvergüenza... ¡Y su mujer se había ido con un sinvergüenza! Esto acrecentaba la pena de Werner, bien que si hubiera pagado sería lo mismo, pero estaría menos inquieto.

YA ESTA A LA VENTA

Nacida para amar

creación de CONSTANCE BENNETT

Pida usted su ejemplar
antes de que se agoten a

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

—¿Qué le pasa?... ¿Qué le sucede a usted?... Sí, sus ojos se han puesto tristes de pronto...

Otto no oía las preguntas de Renée. Una extraña agitación parecía dominarle.

—No me pasa nada; Bebe, bebamos, alegrémonos!... Apuró la copa de champán y luego, como rubricando una decisión violenta, la estrelló contra el suelo.

—¡Te dije que no entrases!—gritó dirigiéndose a Bitrich que entraba con una nueva copa.

—Vuestra Alteza rompió una copa... aquí tiene otra.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Lárgate de aquí!...

Y frente a la puerta, cerrada ya, tuvo un acceso de furor.

—¡Cómo me recuerda ahora a mi hijito! Cuando se enfada también parece un Príncipe!—subrayó Renée ante el incomprensible furor de Otto.

—¡Yo no soy ningún Príncipe! ¡No soy más que un ladrón!... ¡A la salud de ese Príncipe que se parece a mí!...

—No, a ti no se parece. A quien se parece es a su padre, a mi marido... ¡A quien yo quiero con toda mi alma!...

Una sonrisa burlona asomó a los labios de Otto.

—¡Le prohíbo que se sonría usted así!—gritó René.

—Bien, pero me permitirá que ponga el gramófono otra vez.

Pasada la ráfaga de indignación que había despertado en René la burla de Otto a sus íntimos sentimientos, volvió a apoderarse de ella el vértigo. No comprendía que aquel placer ficticio, violento, que se preparaba no hacía más que avivar sus remordimientos.

Las horas de la noche corrían velozmente, y con ellas iba creciendo la inquietud de Werner. Midiendo a grandes pasos el comedor de su casa sin quitar la vista del reloj murmuraba frases incoherentes, subrayadas por algunos comentarios festivos de Pixi, a quien el lamentable estado de Werner inspiraba lástima.

—Trae otro cubierto. Tengo un invitado... ¿no lo ves?—dijo a su ayuda de cámara, señalando a Pixi.

—Sí, sí... es que la embelón... La desaparición de la señora—murmuró ésta tratando

de disimular su asoramiento.—¿Viene la joven a substituir?...

—¡Estás más loco que un conejo!—gritó Werner.

—¡A la orden, mi capitán!...

—¡Fue mi asistente durante la guerra!—explicó Werner, midiendo nuevamente la estancia con pasos nerviosos.

EDITORIAL



creadora de **Biblioteca Films**
y **Films de Amor**

Publica siempre las mejores novelas cinematográficas. Pida usted el Catálogo General ilustrado que se remite gratis —

Apartado de Correos 707 - Barcelona

Tendida en una "chaise-longue", Renée dormía. Inclinado sobre su pecho, Otto observaba su fatigosa respiración. Bitrich contemplaba la escena a distancia. En el rostro de Otto reflejábanse diversos sentimientos. Estaba bellísima. Las emociones de la noche habían impreso profundas huellas en su rostro que contribuían a hacerlo más interesante.

—¡Listos!—gritó Otto, rompiendo el encanto de la muda contemplación.

Bitrich se adelantó y encarándose con Otto le increpó amenazador:

—No sirves para nada, ¿entiendes?...

—¡Ahí la tienes, quítale las joyas!... ¿No es eso lo que quieres?...

—¡Déjate de sensiblerías!... ¡El negocio es lo primero!—respondió Bitrich iniciando el despojo.

Otto volvióse de espaldas. Sentía una gran repugnancia por su acción. Aquella mujer habíase entregado a él noblemente, sin engaños,



Tendida en una «chaise-longue»

poniendo toda su fe en sus palabras, y ahora, bajo los efectos de un narcótico, la entregaba indefensa a la rapina de su compañero, de su compañero Bitrich, reclamado por todos los juzgados de Alemania, del cómplice de toda su vida de robos y estafas... Pero era tarde para volverse atrás.

—Vete a cambiar de traje, ¡Deprisa!—ordenó Bitrich, guardando en el bolsillo un estuche con las joyas.

Como un autómatas, Otto obedeció las órdenes de Bitrich.

Antes de salir se acercó a la joven y puso un beso en sus labios.

Renée seguía profundamente dormida. Su despertar iba a ser terrible...

A oídas de Otto llegó un ruido de voces e imprecaciones. Rápido dirigióse a una de las puertas interiores, pero no bien la había franqueado, cuando sintió el cañón de una pistola apoyándose en su cabeza.

—¡Paciencia, Alteza, paciencia!...

El mismo individuo que aquella noche había penetrado en su habitación, encañonábalo con el revólver. Sin quitarle la vista de encima se dirigió al teléfono:

—Aquí, Seierling, Comisario de Policía... Traiga usted el café al 23... Sí, al cuarto de su Alteza.

—¡Petro maldito!—gruñó Bírlich, a quien dos agentes sujetaban fuertemente por la espalda.

—Guárdese los piropos y síntese.

—No sé por qué te excitas—comentó Otto tranquilamente. Ahora le darán café a la dama y despertará.

—De lo que me alegro, idiota!...

Seierling introdujo una porción de café cargado entre los labios de Renée.

—No se asuste, señora—exclamó al ver que Renée iba recobrando el conocimiento—. Soy Comisario de Policía... Por poco es usted víctima de dos miserables.

—¡No es posible!... Y Renée miró a Otto como deseando que se justificara.

—¿Ignota usted, señora, que su galanteador, el falso Príncipe, es un peligroso malhechor, con una larga cuenta que liquidar con la policía. Le dieron un narcótico en el champán para robarla mientras estuviera dormida. Afortunadamente llegamos a tiempo.

—¿Quiero decirme las joyas que le faltan?...

Un collar con ciento cuarenta y dos perlas... Pero es falso, el bueno lo tengo en casa...

—¿Cómo?—gritó indignado Bírlich.

—Una cadarnada de platino con una esmeralda... Un broche de brillantes, un solitario... y cuatro pulseras de brillantes.

—Perfectamente—contestó Seierling, examinándolas. ¿Quiere usted tomar sus joyas?...

Renée estaba aterrada. La burla había sido demasiado cruel y su vanidad de mujer sufría horriblemente.

Otto, sentado indolentemente, fumaba un cigarrillo contemplando la escena con una frialdad e indiferencia asombrosa. Nada de aquello parecía interesarle. Más que uno de los principales actores parecía un simple espectador.

—Y ahora puede usted regresar a su casa, señora.

—¡No, a mi casa, no! ¡Soy indigna de mi

marido y de mi hijo!—exclamó Renée, lanzándose hacia la puerta como una loca.

—¡Calma, señora, calma!—aconsejó Seierling. Nadie sabrá nunca lo que ha ocurrido aquí. Busque usted un pretexto cualquiera y su marido la perdonará. Al fin no ha sido usted más que una víctima de su propia inocencia.

La criada de Renée, como de costumbre, peinaba a Pedrito. Este, que no podía estarse callado un momento, dialogaba con ella.

—Yo sé quien se alegrará ahora.

—¿Quién, Pedrito?

—Mamá.

—¿Y de qué se alegrará?...

—Del beso que le doy todas las mañanas antes de marchar a Colegio.

El mayordomo que oyó las últimas frases, hizo una seña a la criada y le dijo algo al oído. Luego dirigiéndose a Pedrito, dijo:

—Hoy no podrás besar a mamá.

—¿Y por qué no?...

—Porque hoy tiene que dormir más.

—¿Y por qué?—insistió Pedrito con esa insistencia que ponen los niños cuando no les satisface una contestación.

—Porque el médico lo ha dicho.

—¿Y por qué?...

—No te lo puedo decir.

—¿Y por qué no?...

—Porque eres todavía muy chiquitín.

—¿Y eso que tienes que ver?...

—Sí, porque los niños pequeños son tontos.

—¿Y cuando hombres, son ya listos?

—Claro.

—No lo entiendo... Tú eres ya tan grande... ¡Y papá dice siempre de ti que eres tonto!...

Aún palpando la triste realidad, Renée no podía concebir que Otto fuera un vulgar ladrón. ¡Eran tan nobles sus ademanes y tan acariciadora su voz, que alejaban toda sospecha! Sin embargo, de Bitrich lo creía todo. Su aspecto brutal y repulsivo inspiraban recelos inmediatamente. ¡No, no era posible! Otto era una víctima más de aquel ser degradado y bestial cuyo único pesar era que las joyas hubieran sido falsas.

—Ese tiene la culpa de todo!—increpó señalándolo.

—¿Qué tanto gruñir si al fin los engañados fuimos nosotros!—replicó Bitrich.

Ante la conminación de la policía, Otto tendió sus muñecas que pronto quedaron apriadas en el infame hierro. Ni un gesto, ni la menor protesta salió de sus labios. Aceptaba las cosas como algo fatal e inevitable. Renée le miraba en silencio. Una mirada sin odio ni rencor.

Antes de traspasar el umbral de la puerta

hizo una ligera inclinación de cabeza. ¡Era un ladrón con alma de gran señor!...

Mientras tanto, Werner seguía mascullando el eterno estribillo. ¡Un caballero que no paga su champán!...

—¡Tal vez no le gustó!—apuntó Pixi bromesmo.

—¡Yo no estoy para bromas, como usted!

—¿Yo? Acaso se equivoque usted, Werner—replicó Pixi.

El viejo ayuda de cámara irrumpió en el comedor. Venía tan nervioso que no acertaba a pronunciar palabra...

Werner le miraba ansioso.

—¡Ya ha vuelto la señora!—rompió al fin, agregando después con misterio—: Le he dicho que tenemos visita.

—¿Y por qué tienes tanto empeño en decir siempre tonterías?

Renée, con traje de casa ya, apareció en la puerta. Pixi hizo un movimiento para retirarse, pero un gesto de Werner la detuvo.

Hízose un largo silencio. Nadie quería ser el primero en romperlo. Renée no se atrevía a mirar a su marido, que ceñudo y sombrío esperaba sus explicaciones.



El viejo ayuda de cámara anunció...

Pixi fué la primera en decidirse:

—Perdóneme usted, señora. Soy una loca, pero no soy mala! No crea que mis ligerezas dieran lugar a esta situación. Le juro que nada inconfesable ha ocurrido entre nosotros... simples locuras de carnaval... sin consecuencia alguna...

—¿Y tú, Werner, no tienes nada que decirme?—preguntó Renée a su marido.

—¡Tengo tantas cosas que es preferible que no te diga ninguna!—replicó Werner señalando al reloj. ¿Dónde estuviste hasta las siete de la mañana?...

—Si te interesaba saberlo debías haberlo averiguado tú mismo. Además, habiéndome dejado abandonada de aquella forma, ningún derecho tienes a dirigirme preguntas... y menos en ese tono.

—¿Quién era el caballero que te acompañaba... y que se fué sin pagar el gasto?—continuó Werner obsesionado por su idea.

—Un hombre más galante que tú.

—¿No me exasperas, Renée! ¿Contesta a mis preguntas o me obligarás a pensar... lo que no quiero!...

—¡No me hagas preguntas ridículas y te contestaré!—replicó Renée. ¡Eres tú el que provocaste esta situación y tienes que aceptar las consecuencias!

Werner comprendió que su mujer estaba decidida a guardar el secreto, y que el tono conminatorio de sus preguntas la herían profundamente. Decidió, pues, cambiar de táctica. El tiempo iría borrando los resquemores, pero su felicidad quedaba maltrecha.

Guillermo, ajeno al drama íntimo que se estaba desarrollando, colocó en la gramola su marcha favorita.

—¿Qué música es esa?—preguntó Pixi, testigo invaluable de la desagradable escena.

—¡La que toca Guillermo en las grandes solemnidades... pero como siempre se ha equivocado de discos!...

FIN

Las grandes creaciones de
Imperio Argentina
y
Maurice Chevallier

solamente las encontrará en **BIBLIOTECA FILMS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

104 Páginas de texto-UNA peseta

EL TENIENTE SEDUCTOR M. Chevallier

EL DESFILE DEL AMOR .

SU NOCHE DE BODAS I. Argentina

LO MEJOR ES REIR .

Selección BIBLIOTECA FILMS 50 Ets.

EL AMOR SOFRIENDO I. Argentina

Selección FILMS DE AMOR 50 Ets.

CINÓPOLIS I. Argentina

FILMS DE AMOR 25 Ets.

LA CANCIÓN DE PARÍS M. Chevallier

EL CLIENTE SEDUCTOR

sketch por Imperio Argentina o Maurice Chevallier

Precio: 30 ets.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

CANCIONERO POPULAR

32 páginas de texto. - 30 céntimos

TOMOS PUBLICADOS:

CARLOS GARDEL

IMPERIO ARGENTINA

JEANETTE MAC DONALD

JOSÉ MOJICA

ROBERTO REY

BLANCA NEGRI-ALADY

ENRIQUETA SERRANO

FELISA GALÉ

CELIA GÁMEZ

ORQUESTINA PLANAS

L. HARVEY - H. GARAT

MAURICE CHEVALIER

RAMPER

AZUCENA MAIZANI

MARIO VISCONTI

EL CANTE JONDO

DOLLY HAAS

LUPE RIVAS CENO

MERCEDES SERÓS

CUSTODIA ROMERO

— PEDIDOS A —

EDITORIAL

"ALAS"

Apartado número 707

BARCELONA

Sevimos números sueltos y colecciones completas, previa
aviso del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis.